

quiera que sea el trecho de camino que nos quede por delante, y con una enorme ganancia: la de los últimos compañeros que durante un largo viaje siempre tienen mucho que decirse.

No espere usted de mí ningún gran reino material de ideas. Eso es lo que yo encontraré en usted. Mi necesidad y mi aspiración es hacer mucho a partir de poco, y cuando usted haya conocido más de cerca mi pobreza con respecto a todo lo que se llama conocimiento adquirido, quizás encuentre que en algunos aspectos puedo haberlo logrado. Dado que el círculo de mis pensamientos es más pequeño, eso me permite recorrerlo con mayor rapidez y asiduidad, y por ello también puedo aprovechar mejor mi efectivo y engendrar mediante la forma una diversidad que le falta al contenido. Usted se esfuerza por simplificar su vasto mundo de ideas, yo busco variedad para mis pequeñas propiedades. Usted tiene que gobernar un reino, yo sólo una familia de conceptos algo rica, que con mucho gusto quisiera extender a un pequeño mundo.

Su espíritu obra en un grado extraordinario de forma intuitiva, y todas sus capacidades intelectuales parecen haber llegado a un acuerdo con su imaginación<sup>7</sup>, en calidad de su representante común. En realidad esto es lo mejor que el ser humano puede hacer de sí mismo en tanto tengan éxito la generalización de su intuición y el convertir su sensación en legisladora. Por esto se esfuerza usted, y ¡hasta qué punto lo ha conseguido! Mi entendimiento funciona, en verdad, de manera mucho más simbólica<sup>8</sup>, y así floto en el aire como una especie de hermafrodita entre el concepto y la intuición, entre las reglas y la sensación, entre la cabeza técnica y el genio. Esto es lo que, especialmente en los primeros años, me ha dado una visión bastante torpe tanto en el campo de la especulación como en el del arte poética. Pues a menudo se me precipitaba el poeta donde debía filosofar y el espíritu filosófico allí donde debía poetizar. Todavía hoy me ocurre con demasiada frecuencia que la imaginación estorba mis abstracciones y el frío entendimiento mi poesía. Si puedo considerarme maestro en ambas capacidades en la medida en que pueda poner los límites de cada una de ellas en uso de mi libertad, entonces me aguarda un hermoso destino. Por

<sup>7</sup> Schiller emplea en este caso el verbo *kompromittieren*, forma germanizada del latín *compromittere*, que significa comprometerse mutuamente a esperar la decisión manifestada por un árbitro en su sentencia y contentarse con ello. Lo que Schiller quiere decir es que las capacidades intelectuales en Goethe apelan al árbitro de la imaginación en caso de conflicto entre ellas, y se dan por satisfechas con su solución.

<sup>8</sup> Aquí Schiller opone su propio procedimiento intelectual al de Goethe. Su entendimiento no parte de lo particular para alcanzar luego lo común, sino precisamente a la inversa, de lo general a lo particular, con lo cual tiende a buscar símbolos concretos de conceptos abstractos.

desgracia sin embargo, una vez que he comenzado a conocer y emplear correctamente mis capacidades morales, una enfermedad amenaza con enterrar mis capacidades físicas<sup>9</sup>. Difícilmente tendré tiempo suficiente para completar una gran revolución total del espíritu, pero haré todo cuanto pueda y cuando finalmente se caiga el edificio, quizá haya podido hurtar al fuego los valores que deban ser conservados.

Usted quería que hablase de mí mismo, e hice uso de este permiso. Con confianza pongo ante usted estas confesiones, y debo esperar que las acoja con cariño.

Me abstengo hoy de entrar en detalles sobre su artículo, pues nuestra conversación sobre él nos introducirá en la más fructífera vía. Mis propias investigaciones, establecidas en un camino bien diferente, me han conducido a un resultado bastante similar, y en las páginas adjuntas quizá pueda encontrar ideas que coincidan con las suyas. Estas páginas fueron abandonadas hace año y medio. Teniendo en consideración tanto esto como cierto motivo local (pues fueron leídas por un amigo indulgente), su tosquedad puede tener derecho a disculpa. Desde entonces, no obstante, han ido obteniendo en mí un mejor fundamento y una mayor concreción, pues he podido traerlas infinitamente más cerca de las suyas.

No puedo lamentar lo suficiente el haber perdido para nuestro periódico el «Wilhelm Meister». En su lugar, espero de su fecundo espíritu y de su amable empeño una compensación de esta pérdida para nuestra empresa, con lo que los amigos de su genio ganarán el doble. En el extracto de «Thalia» que le adjunto, encontrará algunas ideas de Körner sobre la declamación que no le van a disgustar. Todos entre nosotros se despiden de usted enviándole sus recuerdos y yo lo hago con el más cordial respeto,

Suyo,

Schiller.

*A Schiller*

Weimar, 4 de septiembre de 1794

He leído con mucho placer el manuscrito que me envió así como el fragmento del desarrollo de lo sublime y, con ello, me he convencido

<sup>9</sup> Alusión de Schiller a la larga y severa enfermedad que sufrió en enero de 1791. [N. del T.]

de nuevo de que no sólo nos interesan los mismos asuntos sino que además coincidimos en el modo de abordarlos. Según lo veo, estamos de acuerdo en todos los puntos principales, y en lo que respecta a las discrepancias sobre el punto de vista, el modo de relación y la expresión, dan muestra de la riqueza del objeto y de la diversidad del sujeto que le corresponde. Le rogaría por ello lo siguiente: hágame participe poco a poco de todo cuanto haya escrito e impreso ya sobre esta materia, de modo que se pueda recuperar el pasado sin pérdida de tiempo.

A este respecto tendría también una propuesta que hacerle: la próxima semana se traslada la corte a Eisenach, y los próximos catorce días estaré tan solo e independiente que de pronto no sé qué voy a hacer. ¿No le apetecería visitarme durante esos días, quedándose aquí y viviendo conmigo? Podría emprender cualquier trabajo que le plazca con toda tranquilidad. Conversaríamos en horas agradables, veríamos a amigos afines a nosotros y no nos separaríamos sin haber obtenido provecho. Podría vivir a su estilo y manera y acomodarse aquí como en su propia casa. Aprovecharía también para mostrarle lo más importante de mis colecciones, y con tal motivo, se anudarían entre nosotros nuevos hilos. A partir del día catorce me encontrará preparado y libre para su acogida.

Hasta entonces aplazo alguna de las cosas que tengo que decirle, y le deseo mientras tanto que viva usted muy bien.

¿Ha visto *Charis* de Ramdohr? He intentado acometer el libro con todos los órganos naturales y artificiales de mi individualidad, pero no he encontrado todavía una página en la que pueda dedicarme a su contenido.

Viva usted bien y salude a los suyos.

Goethe.

*A Goethe*

Jena, 7 de septiembre de 1794

Acepto con alegría su benévola invitación a Weimar, si bien con la más seria petición de que no modifique en lo más mínimo su orden casero por mi, pues mis acostumbrados espasmos me obligan a dedicar al sueño todas las mañanas porque no me dejan tranquilo en toda la no-

che, y en absoluto me conviene tener que contar con una hora determinada durante el día. Usted me permitirá ser considerado en su casa como un completo extraño al que no hay que prestar atención y, de ese modo, salir del apuro de que alguien deba estar pendiente de mi estado de salud. El orden que hace feliz a cualquier otra persona es mi más peligroso enemigo, pues si debo hacer algo determinado en un tiempo preciso, entonces estoy seguro de que no me será posible.

Disculpe usted estos preliminares que necesariamente debía exponer para hacer posible mi existencia junto a usted. Tan sólo le pido la enojosa libertad de poder estar enfermo en su casa.

Enseguida acaricié la idea de invitarle a una estancia en mi casa en cuanto recibí su invitación. Mi mujer se ha ido con los niños a Rudolstadt durante tres semanas para evitar la varicela que el señor von Humboldt hace inocular a sus pequeños. Estoy completamente solo y podría amueblarle una cómoda vivienda. Con excepción de Humboldt, apenas veo a nadie y hace mucho tiempo que ninguna metafísica traspasa el umbral de mi casa.

Con el *Charis* de Ramdohr me ha ocurrido algo curioso. La primera vez que lo hojeé me horrorizó su alocada manera de escribir y su espantosa filosofía, y de golpe y porrazo se lo envié de vuelta al librero. Cuando posteriormente encontré en un acreditado diario algunos textos de su puño y letra sobre la escuela holandesa, mereció mayor confianza por mi parte y retomé de nuevo su *Charis*, lo que no ha sido del todo superfluo. Lo que dice en general sobre la sensación, el gusto y la belleza es, por supuesto, muy insuficiente por no decir algo peor, una auténtica filosofía de imperial baronía. Sin embargo, la parte empírica de su libro, en la que habla de las características de las diferentes artes y determina la esfera los límites propios de cada una de ellas, me ha parecido muy útil. Se nota que está en su ambiente y que, tras frecuentar largamente obras de arte, ha adquirido una destreza del gusto nada común. En este apartado habla el hombre instruido que posee un voz que, sin ser decisiva, sí debe ser tenida en cuenta. Pero bien pudiera ser que este valor, que para mí necesariamente debe tener él, lo pierda por completo ante usted porque las experiencias sobre las que se apoya sean algo conocidas para usted y, por tanto, no encuentre en él absolutamente nada nuevo. Precisamente eso que usted busca en realidad es en lo que ha fracasado en mayor medida, y lo que mejor le ha salido usted no lo necesita. Debiera maravillarme que los kantianos le dejaran marchar con toda tranquilidad y que los opositores de esta filosofía no intentasen fortalecer su facción utilizándole.

Dado que una vez leyó alguno de mis fragmentos sobre lo sublime, le envió el comienzo, en el que quizá encuentre alguna idea sobre la expresión estética de la pasión que pudiera concretarse en algo. Otros de mis artículos anteriores sobre asuntos estéticos no me satisfacen lo suficiente como para someterlos a su consideración, y otros más tardíos, todavía no impresos, se los llevaré conmigo. Quizá le interese una recensión mía sobre los poemas de Matthison en el *Allgemeine Literaturzeitung*<sup>10</sup> que saldrá esta semana. En la anarquía que impera todavía en la crítica poética y en medio de la falta de leyes objetivas del gusto, el crítico literario se encuentra siempre en un gran apuro cuando quiere apoyar en razones sus afirmaciones, pues no hay un libro canónico al que pueda referirse. Si quiere ser sincero o bien debe callar o bien debe erigirse en legislador y juez (lo cual no siempre se hace con agrado). En esa recensión me he sumado a este último bando, y lo que me gustaría es que usted me dijera con qué fortuna.

En este momento recibo la recensión y se la adjunto.

F. Schiller.

*A Schiller.*

Weimar, 10 de septiembre de 1794.

Le agradezco que haya aceptado y quiera venir. Encontrará total libertad para vivir a su manera aquí. Tenga la bondad de comunicarme el día en que llegará para que pueda disponerlo todo.

Quizá venga a visitarnos el señor Humboldt y quizá yo regrese con ustedes. Pero ¡dejemos todas estas cosas al genio del día! Si tiene el *Charis*, traiga el libro consigo. Unos paisajes que provienen de Nápoles nos ayudarán en nuestras conversaciones sobre esta materia.

Viva usted muy bien y despídame de los suyos.

Goethe.

<sup>10</sup> Periódico fundado en Jena en 1785 como órgano director de la crítica literaria y científica.